

y nuestras artes, cuando no son revelaciones de un caos interior, sino intentos de ese yo esencial para escapar, para clamar un alto al tiempo que pasa? Y cuando ese yo empieza a sentirse finalmente derrotado, ¿no es cuando la filosofía se reduce a un picadillo de lógica y las artes nos ofrecen revelaciones de caos interior? En cuanto a las religiones, todas las que son algo más que sistemas de moralidad formal y ceremonias hueras, ¿no han rechazado al yo empírico y se han situado sobre el yo esencial, repudiando de paso su frustración, su insatisfacción, sacándolo del Tiempo?

Tomemos el primero y crudo ejemplo que se nos ofrece, a saber, que, en el tiempo que pasa, siempre parecemos ser diversas y sucesivas secciones de nosotros mismos, nunca nosotros por entero. Esto, al menos, no es una extravagancia del pensamiento indio autoatortentador, ansiando el declinar del mundo. Es una idea que sigue un curso melancólico, a través de la poesía y los cantos populares de Occidente. Se encuentra en el verso de Shakespeare a Ella Wheeler Wilcox. (Hay muchísimo que citar de él, pero daremos a Ella Wheeler su oportunidad: *Si yo fuera un hombre, un hombre joven y supiese lo que sé hoy.*) Y ello está presente en todas esas torcidas conclusiones—*Si jeunesse savoit, si vieillesse pouvoit* y similares—que pertenecen a la literatura y al saber popular. Puede que estemos «deseando mejor pan del que se puede hacer con el trigo» y que seamos como niños que lloran porque quieren la luna (aunque no la que acaso nos ofrecerán en breve plazo); puede que estemos negándonos a entendernos con la realidad, pero no puede negarse que este anhelo de realizar, en nuestras relaciones y actos, nuestro pleno yo es algo profundamente sentido y que puede descubrirse en algunas de nuestras mentes más nobles.

No podemos dejar de tener la impresión de que el Tiempo, según lo entendemos generalmente, nos tima, que poseemos un yo que no puede participar en sus charadas. Parece como si estuviésemos obligados a llevar una serie de disfraces. Cuando somos jóvenes, somos jóvenes..., y algo más. Cuando somos viejos, somos viejos..., y algo más. Y tenemos la impresión de que el algo más es más importante que la juventud o la vejez. Hay un John Smith esencial, que no es ni el joven Jack Smith ni el viejo Johnny Smith. Estos, en cierto sentido, son un par de impostores. Ellos y otros como ellos están

continuamente en el escenario, mientras el genuino y pleno John Smith espera en vano entre bastidores, hasta caer el telón.

No es mero egoísmo por nuestra parte lo que nos hace sentir que estamos siendo timados. Acaso creamos (como creen hoy muchas personas inteligentes y sensibles) que, en tanto que tenemos aquí una tarea principal, esta no tiene nada que ver con la «salvación» de almas individuales, y que existimos para agregar experiencia, conocimientos, una consciencia cada vez más amplia y profunda, a alguna especie de *ánima mundi*. Todo esto y más que nos encierra en un gran árbol de humanidad puede ser creído; y, no obstante, la frustración e insatisfacción pueden todavía sentirse hondamente.

Y no de manera irracional, pues podríamos argüir que esas sucesivas secciones de nosotros mismos, que nunca representan adecuadamente el yo pleno, no logran acopiar experiencia y conocimiento del más elevado valor, y que sea lo que fuere lo que las necesita, no puede aceptar como sustituto nuestros sentimientos de frustración e insatisfacción. Por tanto, aunque nos encojamos de hombros ante cualquier idea de salvar nuestras almas, ligados por el tiempo no podemos empezar a cumplir esta tarea aparentemente más impersonal. Y, ciertamente, ligados por el tiempo hallaremos difícil concebir cualquier clase de *ánima mundi* a quien servir, ya que no puede verse como un remoto término de la pista de dirección única del tiempo que pasa, no puede confinarse en la cuarta dimensión, ha de existir fuera de nuestro tiempo.

Se ha argüido que todo esto no es más que una pueril negativa a aceptar la realidad. Hemos sido condicionados por millares de años de irracionales creencias religiosas, mitos, cuentos de hadas, y ahora, en una época dominada por la ciencia y la técnica, debemos despertar y encararnos con la verdad. El tiempo que pasa es todo cuanto tenemos, y debemos sacar el mejor partido posible de él. Todo este anhelo de escapar a sus limitaciones y contradicciones viene a ser lo mismo que el deseo de conservar uno su pastel y, sin embargo, comérselo. Es desear lo imposible, y, por tanto, ha de ser rechazado firmemente por toda inteligencia plenamente madura. La mente popular debería ser ahora meticulosamente recondicionada para aceptar la realidad, para vivir contenida en el concepto del tiempo entrópico, irreversible e ineludible. Algo de esto está sucediendo, sobre

todo entre las nuevas gentes urbanas e industriales, más acercadas a la segunda ley de la termodinámica que sus primos del campo.

¿Y con qué resultado? De muchos de ellos se ha apoderado una curiosa apatía, un nuevo tedio, una carencia de entusiasmo, un insípido sentido de la vida, de todo lo cual, no lo olvidemos, el científico o el técnico puede estar protegido por su curiosidad, su sentido del poder, su vanidad. Otros, especialmente entre los jóvenes, reaccionan de manera diferente, aunque no con más provecho para la comunidad, porque están a merced de misteriosos sentimientos de frustración y cólera, inclinándose a la violencia a causa de una convicción irracional de que están siendo estafados. De modo que los nuevos hijos del Tiempo tienden a hundirse en el abatimiento o a chillar llenos de rabia. Pero no renunciamos a toda esperanza. La ciencia que ha cerrado una puerta puede muy pronto abrir otra. El Tiempo—al menos, nuestra idea prevaleciente del mismo—no ha dicho la última palabra.

Aunque generalmente así se cree en Occidente, no es cierto que el pensamiento indio tradicional exija una completa repudiación del mundo y el Tiempo. Incluso entre las diversas formas de Yoga—y, según se nos dice, una de sus intensas autodisciplinas puede provocar una alterada relación cuerpo-mente con el Tiempo—, hay una, el Karma-Yoga, que no arranca al hombre de la acción en el mundo y de un estilo familiar de vida. Pero aquel que lo practique no debe identificarse con los frutos de su acción, no debe perderse jamás en el mundo y su tiempo, debe tener continua conciencia de otra y perdurable realidad. (*Todo lo que se ve es temporal*, dice el proverbio tamil.) Acaso no tenga que creer que todo cuanto le rodea es parte de una ilusión, una telaraña de engaños que parece poco justificada (Dios como ilusionista u organizador de carreras de obstáculos, no resulta una figura imponente); pero ha de rechazar categóricamente la idea de que solo esto es realidad, todo lo que hay, el sellado recipiente de nuestra especie. Sus obligaciones pueden incluir mucho más; pero esto es suficiente.

No estando familiarizado con el Oriente, nunca he conocido a nadie—o, al menos, no sé si lo he conocido—que practicase conscientemente el Karma-Yoga; pero, aun con los presupuestos que ya he admitido, tengo la impresión de que aquí hay una concepción y una

actitud mental que podrían ser tan valiosas en Baltimore o Birmingham como en Bombay. Es la clase de despegue que hallamos en hombres que han realizado grandes cosas, rehusando ser devorados por los acontecimientos y el Tiempo. Lo que esos hombres hacen procede de un yo que no se consume y parece poseer una secreta fuente de nutrición. Se comportan como si creyesen, paradójicamente, que en este mundo todo es importante y nada lo es. Quizá sepan que se encaminan fuera del Tiempo.

Vale la pena dejar constancia de una idea final, aunque solo sea porque reaparece en algunas audaces especulaciones de nuestra época. En el pensamiento budista tradicional y semimítico, está la idea de un yo perfeccionado, la Gran Alma, el Buda cuya existencia está fuera del Tiempo. (Esta idea se encuentra en otras partes, en varias tradiciones esotéricas obsesionadas por la noción de una inmortalidad autocreada, implicando a veces un cuerpo de materia más pura e indestructible, que sobrevive a la muerte.) Ahora bien: como este ser infinitamente superior puede existir fuera del Tiempo, en un Presente bienaventurado y eterno, inspirado por su compasión de la ignorancia y el sufrimiento, también puede entrar en el Tiempo a voluntad. Se le ha concedido, diríase, la libertad de la cuarta dimensión. Y, para él, el Tiempo es reversible. El que pueda penetrar en el pasado implica la idea de que el pasado aún existe en su propio tiempo, y eso nos lleva de la mano a la nueva y más desconcertante idea de que, si tales seres superiores poseen tales poderes, les será posible empezar a cambiar el pasado. Pero la consideración de estas ideas pertenece a la Tercera Parte.

La última observación que deseo hacer, tras no haber ofrecido sino algunas vislumbres de un inmenso cuerpo de pensamiento, es que las ideas indias respecto al Tiempo, aparentemente muy alejadas de las nuestras y generalmente consideradas como rotundamente extrañas al pensamiento y el sentimiento occidentales, pueden de hecho acercarse mucho más a nosotros. No pueden atravesar las ideas que llevamos como una armadura, pero pueden acercarse más a la forma en que vivimos con nosotros mismos, incierta y desasosegada, detrás de esa armadura. El yo esencial indio fuera del Tiempo se relaciona con ese yo nuestro que siente, como pueden atestiguar docenas de citas conocidas, que jamás se revelará en el tiempo que pasa.